1º: La Anunciación del Ángel y la Encarnación del Verbo

El Anuncio del Arcángel san Gabriel a María Santísima es un misterio de gozo donde se mezclan la sublimidad y la sencillez. El Verbo se hace hombre para habitar entre nosotros. La humilde doncella de Nazaret, oculta a los ojos de la Humanidad, acepta con sencillez y decisión el Anuncio del enviado del Cielo.

¡Qué ejemplo de humildad el de María!, que, al ser elegida Madre del Mesías, no se enorgullece, sino que se abisma en el misterio y acepta por amor al Señor su divina voluntad. Sabiendo que el camino de la humillación aceptada es garantía de salvación, la Virgen nos ha pedido tantas veces la humildad y la sencillez. *«Por eso os pido, hijos míos:* —decía en el mensaje de 16 de octubre de 1983— *sed humildes, con vuestra humildad podéis dar ejemplo a muchas almas»*. Que el Señor nos conceda esta virtud tan importante, que hallaremos en su Corazón manso y humilde.

2º: La Visitación de María a santa Isabel

En la Visitación resalta especialmente la virtud de la caridad, que de modo tan eminente brilla en el Corazón de la Virgen. Su inmenso amor era la fuerza que animaba su alma, para hacer el bien y derramar bondad por dondequiera que pasaba. Si de Jesús refiere el libro de los *Hechos de los Apóstoles*[1] que «pasó haciendo el bien», podemos decir lo mismo de María Santísima, pues en cada instante hizo el bien y amó sin medida.

En el mensaje de 3 de septiembre de 1983, la Ella misma ofrece una enseñanza sobre el ejercicio de la caridad con el prójimo, basada en el *Evangelio* y en la *Primera Carta de San Juan*: *«Por eso os pido: amad a vuestros semejantes, porque si no amáis a vuestros semejantes, no podéis amar a Dios, hijos míos, porque el amor viene de Dios. También, si alguno os dice (...) que ama a Dios y no ama a su prójimo, no le creáis, hijos míos, porque está mintiendo (...); no puede amar a Dios que no lo ve, si no ama a su hermano que está viéndole diariamente»*.

[1] *Hch* 10, 38.

3º: El Nacimiento del Hijo de Dios

El Eterno se manifiesta en el tiempo; el que estaba en lo más alto del Cielo se abaja hasta la Tierra; el que fue engendrado por el Padre desde toda la eternidad, se encarna en el seno de la Virgen como hombre mortal. Es el misterio de la humillación del Verbo, que, desde el seno de la Santísima Trinidad, viene hasta nosotros, haciéndose hombre y compartiendo los sufrimientos de toda la Humanidad.

Sin embargo, ante tantas maravillas, muchas veces nuestros corazones no se asombran ni emocionan ni se muestran agradecidos... Nos acostumbramos a las gracias recibidas. El Hijo de Dios se hace hombre, pobre, humilde, padece calor y frío... Recordaba el Señor en un mensaje: *«Me hice hombre igual que los hombres en todo menos en el pecado, para recobrar la amistad que había perdido con ellos. Vine a hacerme hombre y a morir en una cruz. Derramé mi Sangre para la redención y la salvación de las almas (...). Sólo un amigo es capaz de morir por el amigo (...). Todo el que da la vida por el amigo tendrá vida eterna...»*[2].

[2] 7-9-1991.

4º: La Presentación del Niño Jesús y Purificación de la Virgen María

Es admirable que el Creador de cielos y Tierra, que no tenía obligación de someterse a las leyes de su tiempo, lo haga por amor, con profunda humildad y dándonos un ejemplo sublime de obediencia. Y es que en la práctica de esta virtud el Señor y la Virgen son ejemplares.

En el Evangelio, al terminar este pasaje donde aparecen Jesús Niño, La Virgen y san José, señala san Lucas: «Bajó con ellos y vino a Nazaret, y vivía sujeto a ellos»[3]. Y de la santísima Virgen afirma san Luis María Grignion: «Lo que Eva condenó y perdió por desobediencia, lo salvó María con la obediencia»[4].

Así, en los mensajes de Prado Nuevo, no falta la referencia a esta hermosa virtud; por eso, pedía el Señor en el mensaje de 2 de noviembre de 1996: *«Amad a la Iglesia, obedeced al obispo, amad al Santo Padre. La obediencia es muy importante, hijos míos»*.

---

[3] *Lc* 2, 51.

[4] *Tratado de la verdadera devoción*, 53.

5º: El Niño Jesús perdido y hallado en el templo

En el quinto misterio de gozo contemplamos a Jesús Niño, quien actúa con firmeza y dominio de la situación, a pesar de su corta edad, pues —como afirma san Pablo— en Él habitaba toda la plenitud de la divinidad[5]. Amaba a su Madre con mayor unción que cualquier otro hijo de este mundo; amaba y respetaba a san José, como su padre adoptivo en la Tierra. Pero les responde con palabras llenas de sabiduría: «¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?»[6].

Con tan excelente ejemplo, pudo predicar después a sus discípulos, con plena libertad y autoridad: «El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí»[7]. Pues, como enseña san Juan en su primera Carta: «Quien dice que permanece en Él debe caminar como Él caminó»[8].

---

[5] Cf. *Col* 2, 9.
[6] *Lc* 2, 49.
[7] *Mt* 10, 37.
[8] *1 Jn* 2, 6.

1º: La Resurrección del Señor

Con su resurrección, Cristo manifiesta su poder sobre la muerte. No sólo resucitó a Lázaro y a otros, sino que resucita por sí mismo, mostrando así que Él es Señor de la vida y de la muerte.

Confirma, además, sus palabras y obras, pues si Cristo no hubiera resucitado, nuestra fe sería vana[1]; seríamos unos necios por seguir a alguien que murió y se quedó en el sepulcro. Si acaso, podríamos admirar su vida, recordar sus enseñanzas, pero no tendría sentido ser discípulos de un muerto. En cambio, con inmensa alegría, vamos tras las huellas del Señor de la Historia, el Rey de reyes, Aquél que vendrá a juzgar a vivos y muertos al fin del mundo. Es el Mesías esperado por las naciones.

Es el mismo que tantas veces, junto a su Madre, se ha manifestado en Prado Nuevo; decía una vez con autoridad a este propósito: *«Y soy yo, el Hijo de Dios vivo, el que lo dice, porque yo tengo poder para manifestarme, donde quiero y cuando quiero, a los hombres»*[2].

---

[1] Cf. *1 Co* 15, 14. 17.
[2] 7-5-1994.

2º: La Ascensión del Señor

Antes de ascender al Cielo, en el monte de los Olivos, Jesús habla con autoridad y con unción a los discípulos. Luego, «fue levantado en presencia de ellos, y una nube le ocultó a sus ojos»[3]. Se quedaron largo rato mirando al cielo hasta que Jesús desapareció tras la nube.

La vida del Señor sobre la Tierra no terminó con su crucifixión, sino al ascender a los cielos. Nuestra vida no acaba con los sufrimientos ni penas temporales, sino que está llamada a renovarse en Jesucristo, para gozar para siempre en la otra vida, que es la única verdadera y definitiva.

Así, advertía la Virgen en un mensaje: *«...no os importe sufrir, hijos míos, que luego, mira lo que os espera; qué maravilloso es todo esto. Aquí no hay envidias, hijos míos; aquí no hay maldades, todo es amor, todo es felicidad, todo es pureza. Sufrid, hijos míos, que vale la pena sufrir para alcanzar todo esto»*[4].

---

[3] *Hch* 1, 9.
[4] 20-11-1981.

3º: La Venida del Espíritu Santo

El día de Pentecostés fue de inmensa alegría, pues se produjo la venida del Espíritu Santo con todos sus dones, carismas y frutos.

Al verdadero cristiano no le falta nunca la alegría, uno de los frutos que el Espíritu Divino produce en el alma. Exhorta, por ello, san Pablo: «Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito, estad alegres»[5]. El Apóstol se refiere a la alegría cristiana, fuente de gozo incesante. De ahí el dicho popular: «Un santo triste es un triste santo», indicando así que no se pueden dar, a la vez, santidad y tristeza. Con razón san Francisco de Asís llamaba a esta última «enfermedad babilónica», por ser Babilonia símbolo de todo mal.

También en El Escorial, el Señor ha señalado el valor de la alegría y los daños de la tristeza, como cuando dijo en el mensaje de 3 de julio de 1999: *«He creado hombres con luz, no con tiniebla. Quiero hombres alegres, no tristes. Almas que pongan el pensamiento en Dios, no en las cosas caducas»*.

[5] *Flp* 4, 4.

4º: La Asunción de la Virgen al Cielo

En el Prefacio de la solemnidad de la Asunción se reza: «Hoy ha sido llevada al Cielo la Virgen, Madre de Dios; Ella es figura y primicia de la Iglesia que un día será glorificada; Ella es consuelo y esperanza de tu pueblo, todavía peregrino en la Tierra».

La Virgen María, elevada al Cielo, es imagen y anticipo de la Iglesia que se encuentra todavía en camino hacia la Gloria.

Meditar en este misterio es un modo eficaz de alentar nuestra esperanza al recordarnos que, aunque somos peregrinos en este mundo, al final de la vida mortal nos encontraremos con nuestro Salvador, a quien nos conducirá María Santísima. Nos decía Ella en el mensaje del día de la Asunción de 1986: *«Sufrí mucho en la Tierra, hijos míos, pero tened esperanza, porque están las moradas preparadas (...). Aprended a amar, aprended a sufrir, aprended la humildad, la castidad... Veréis cómo un día estaréis cerca de mí»*.

5º: La Coronación de la Virgen María

En su encíclica sobre la Virgen escribía el beato Juan Pablo II: «La Madre de Cristo es glorificada como *Reina universal*. La que en la Anunciación se definió como *esclava del Señor* fue durante toda su vida terrena fiel a lo que este nombre expresa, confirmando así que era una verdadera "discípula" de Cristo, el cual subrayaba intensamente el carácter de servicio de su propia misión: el Hijo del hombre *no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos*[6]»[7].

Aprendemos así que la Virgen, antes de ser coronada como Reina y Señora de todo lo creado, hubo de seguir el camino de la fe y, en medio de él, se encontró con el dolor; a la vez que mantuvo ese espíritu de servicio toda su vida. No hay, pues, gloria sin cruz; ni resurrección sin calvario. Le decía el Señor a Luz Amparo en el mensaje de 1 de julio de 1989: *«Mira, hija mía, los bienaventurados que han sufrido, ¡qué gloria han alcanzado!... Vale la pena el sufrimiento, la calumnia, la persecución, el odio, el desprendimiento, hija mía, para alcanzar tan grande tesoro»*.

---

[6] *Mt* 20, 28.
[7] *Redemptoris Mater*, 41.